

Septiembre

Nunca va a llegar el día que despierte y todo haya sido una pesadilla. Cuando fue hacia la puerta para abandonar la batalla, dejó caer por el camino, en cascada, todas las palabras, las sonrisas, los ruidos de sus pasos cuando se perseguían corriendo por la casa, todas esas noches, en que morían y renacían juntos con las manos enlazadas; los días de lucha, todo el vaivén de sus doce años unidos; todas las imágenes fueron rodando por el suelo, junto con sus pisadas apresuradas, cerró la puerta. La dejó sola en una orilla del mundo, sin rumbo, sin dios y sin destino, con una réplica suya en los brazos. Pasando las tardes del verano más lluvioso de la vida mirando por la ventana. Cerrando los ojos cada noche de tormenta, esperando escuchar tras el estruendo de cada descarga, el sonido de esa puerta y verlo retornando a devolverle su vida, su historia, todos los años que se llevó, pero esa puerta que no se abrió más. Se pasaba escarbando en su caja de madera, para encontrar algo que la acercara a él, al bravucón que le fragmentó las alas, que se metió por todos los rincones de su vida, por el que renunció a tantos sueños. Ella lo amó llorando y sonriendo, cayendo al vacío, mirando esos inmensos ojos y mordiendo sus labios gruesos, oliendo su suéter gris cuando él no estaba. Lo amó con todo el arrebató de sus veinte, con la placidez de sus treinta, sin miedo y sin reservas. Y nunca imaginó que un día, no quisiera más bailar con ella, que la dejaría a la deriva, desollada, arrastrándose desmembrada, musitando palabras de misericordia cada madrugada. Tratando de edificarse en cada despertar. Luego, la calma se rompió y llenó esos silencios con escenas crueles y violentas. Transmutó el desconsuelo en ira, descargó toda su rabia destruyendo los pocos objetos que quedaron de él a su alrededor, martilló con todas sus fuerzas para sacar de la cruz a ese que alguien más clavó antes, le gritaba frases de desprecio mientras lo mutilaba sin compasión. Vivió las escenas más lastimosas que nunca antes imaginó, quiso arrancarse de ese remolino, pero los pasitos de su pequeño salvavidas a lo lejos la regresaban a la realidad una y otra vez.